



---

## Primer Concurso Infantil de Cuentos Premio Nuevo Horizonte.

### Segunda Mención Honrosa Categoría Queltehue

## A LA HORA DE LA SIESTA

por

Pilar E. Bustos C.

Por fin después de mucho tiempo Álvaro y Matilde serían padres, todo indicaba que su niño vendría sano. Era una familia feliz de acomodada situación económica y muy conservadora, pero pronto recibiría un gran golpe que cambiaría sus vidas.

La hora del parto llegó un 21 de enero de 1920, cuando Matilde se encontraba en las habitaciones de la antigua casona en Santiago.

-¡Vamos, hija! - decía Amelia, su madre - ¡ya puedo verlo!

-¡No puedo más! - gritó Matilde dando a luz a un varoncito de ojitos azules.

Pasó un año y el bebé comenzó a presentar algunas dificultades para desarrollarse, entonces sus padres se llenaron de incertidumbre y dudas.

-¿Por qué? ¿Por qué a nosotros? Mi Alonsito, ¡no puede ser, él no!

Estaban realmente desilusionados, decidieron ocultarlo para evitar la vergüenza de qué dirán y así estuvieron durante 12 años, escondiendo lo que para ellos era un castigo del Señor.

Como todos los veranos se fueron de vacaciones y dejaron al pequeño Alonso en el campo, junto a Clemente y Amelia, sus abuelos.

El niño estaba mucho más tranquilo ahí, lejos de la indiferencia de sus padres y al lado de la calidez de sus abuelitos.

Todas las tardes la anciana dejaba a Alonsito en un sillón de la terraza para que durmiera su siesta. Él miraba sorprendido a su alrededor, lo que sus ojos veían no tenía comparación con el oscuro y frío cuarto en el que vivía.

Un día unos niños quisieron saber qué había tras ese enorme muro y al ver a un niño de semblante angustioso decidieron invitarlo a jugar con ellos.

-¡Hola! ¿Cómo te llamas? - dijo Marisol, una pequeñita hermosa.

-¿Quieres ir con nosotros? - me llamo Matías ¿y tú?

Pero ni Marisol ni Matías pudieron convencerlo de salir con ellos, Manuel, líder del grupo, decidió que se fueran a buscar leña y lo dejaron solo, porque para él era un tonto.

Y así estuvieron durante días, esperando que Alonso se animara a ir con ellos pero todo esfuerzo parecía ser en vano. Manuel quiso no visitarlo más y los niños, aunque con mucha tristeza, aceptaron la propuesta; definitivamente no lo verían más.

A la hora de la siesta, como todos los días, Amelita puso a Alonso en el jardín para que se distrajera, él esperó y esperó a que aparecieran los chicos, pero pasaba el tiempo y ellos no



aparecían, sintió mucha pena, se había acostumbrado a las insistentes palabras de Matías, Manuel y sobre todo de Marisol. De pronto reconoció el ladrido de un perro, pero no cualquiera, era Milo, la mascota del grupo que ladraba animosamente frente a él, se apoyó en su lomo y el San Bernardo lo guió hasta donde estaban los niños.

Matías divisó a Milo desde el sauce en donde estaba.

-¡Chiquillos miren! ¿Qué trae Milo? - gritó.

-¿Que no es el tontito? - dijo Manuel con voz burlona.

-¡Sí, es él! ¡Por fin vino! - gritaba alegremente Marisol.

Manuel, a pesar de todo, corrió a ayudarlo. El camino era de tierra, así que se compadeció.

-¡Hola! ¡Que bueno que viniste! - saludaron todos a Alonsito.

Se pasaron toda la tarde jugando, estaba realmente emocionado, percibir la húmeda brisa del río, el olor a tierra mojada y estar libre, era todo para él.

Al regresar a sus casas Manuel cargó el frágil cuerpo de Alonso en su espalda, Amelita les agradeció que aceptaran al niño tal y como era, y los dejó invitados al cumpleaños 13 de Alonso al día siguiente.

Amaneció una neblina espantosa, Alonsito sentado frente a una ventana comenzó a recordar los lindos momentos vividos y tras dar un suspiro se durmió. En sus sueños jugaba bajo un cielo celeste y un tibio sol, oía cantar los pajaritos y corría feliz tras ellos. Observó maravillado su alrededor y respiró profundamente dejando atrás la fría soledad de su vida...

**FIN**